

**Palabras pronunciadas durante la Cena de camaradería
del Simposio Anual**

Referencia bibliográfica:

CHIOZZA, Gustavo (2025b) Palabras pronunciadas durante la Cena de camaradería del Simposio Anual, 18 de enero 2025.

Como ustedes saben, esta ocasión es lo que llamamos cena de camaradería, con la que, luego de finalizado el simposio, cerramos el año de trabajo en nuestra institución. Por ese motivo, cuando brindamos, se nos suele escapar un “feliz año”. Los psicoanalistas somos gente rara, lo reconozco. Puestos a reconocer, aceptemos de paso que la expresión “cena de camaradería” suena un poco vetusta; algo que uno esperaría escuchar en instituciones inveteradas como el Rotary Club; pero también somos una institución que tiene mucho camino recorrido. Y en ese camino se han trazado muchas tradiciones.

Cada tanto se da la feliz ocasión de tener alumnos que egresan de la escuela y, en esas ocasiones, la tradición indica que el director de la escuela -en este caso, yo- debe decir unas palabras. Como también todos los años tengo que decir unas palabras en ocasión del inicio del ciclo lectivo de la escuela, a menos que tenga una idea muy definida de lo que quiero decir, siempre tengo el temor de repetirme. Por eso suelo releer los discursos anteriores. No obstante, al releerlos descubro que me repito bastante.

En parte porque yo soy el mismo y mis ideas, mi manera de pensar y ver las cosas no cambian tan rápido; pero en parte también porque las circunstancias sobre las que me ocupo también son difíciles de cambiar. Imagino que, para los que me escuchan, las cosas que digo no les resultan fáciles de asimilar. Uno de los temas que más se repite en mis discursos es el de la escasez de alumnos para la escuela; de hecho, de eso mismo hablaba a comienzos de este mismo año.

Sin embargo, al terminar este año, resulta que nos encontramos con la feliz (e inusual) circunstancia de tener egresados en los tres ciclos de la escuela de formación. Tres alumnos egresaron del ciclo inicial y recibieron sus certificados al finalizar el Seminario del Dr. Chiozza; Ariel Gun, Luz Aguilar y Claudia Porto. Michel Rosengarten y Florencia Tobal egresaron del ciclo medio. Paula Slafer, Liza Schejtman, Annick Gómez, Belén Tebe y Verónica Cáceres, egresaron del ciclo avanzado.

Para nosotros, diez egresados es algo inesperado. Sobre todo, si lo comparamos con la escasez de la que tanto hablamos todos los años anteriores. Se preguntarán ¿qué pasó? ¿cómo las cosas cambiaron de manera tan repentina? Sobre esto vale la pena reflexionar. Les anticipo que no tengo clara la respuesta. Los hechos dicen que postergamos una semana la inscripción y abrimos la posibilidad de que los que ya habían egresado pudieran volver a hacer la escuela. En cuanto a los dichos... no fueron tan distintos a los de otros años.

Einstein decía que es estúpido hacer siempre lo mismo esperando obtener resultados distintos (sí, ya sé, me estoy repitiendo). Eso seguramente será muy cierto en su ámbito de trabajo, la física; pero en el nuestro, el ámbito del alma, las cosas funcionan distinto. A veces es necesario golpear la roca cien veces en el mismo punto, para que, por fin, se rompa con el golpe siguiente.

No obstante, intuyo que el hecho de que hayamos sugerido la idea de poder volver a hacer la escuela a pesar de haber egresado tuvo más efecto de lo que

esperábamos. No porque se hayan inscripto muchos egresados; solo uno de los diez egresados ya lo había hecho anteriormente; los otros nueve egresan por primera vez. Sin embargo, intuyo que esto tuvo el efecto de hacer comprender que la formación analítica no es una meta que uno busca alcanzar, sino que es un camino que uno se propone recorrer. Que uno no debería tomarse la formación como un deber, sino más bien como un placer. Como algo que uno hace por el gusto de hacerlo; o, como se suele decir, algo que uno hace... por deporte.

Durante este Simposio, María Adamo nos ilustró que la expresión «deporte» proviene de las actividades recreativas y placenteras que los marinos gustaban hacer, entre sus pares, cuando estaban «de puerto». No la parte que se refiere a descansar, beber o estar con mujeres, sino el encontrarse con otros marineros y compartir experiencias; poner a prueba las propias destrezas y aprender destrezas nuevas de otros marinos. Me parece una metáfora hermosa para describir lo que hacemos cuando nos encontramos en la institución. Nuestra profesión es particularmente solitaria, y cada tanto necesitamos poder estar «de puerto» y encontrarnos con nuestros pares. Compartir lo que vivimos durante nuestra particular travesía; enseñar lo que aprendimos y aprender de otros, las destrezas que nos serán de ayuda para seguir el viaje. ¿El viaje hacia dónde? A conocer otros mares... ¿Para qué? Para regresar a puerto más sabios y volver a partir. ¿Por qué? Por deporte... por gusto... Porque tenemos ganas, porque tenemos curiosidad y porque... ¿qué otra cosa vamos a hacer con esta vida que tenemos?

También me parece que esta metáfora se puede aplicar a los diplomas que hoy reciben los egresados. Creo que harían bien si los consideran solamente un puerto al que llegaron. Celebren y disfruten el resultado del esfuerzo realizado; lo merecen. Pero sepan que los marineros no están hechos para vivir en el puerto. El viaje debe continuar; el viaje no termina. Siempre habrá nuevos mares por conocer y nuevas tormentas con las que poder medirse. Así, navegando, sabremos de qué somos capaces y, también, qué nos falta aprender.

Este año que pasó yo fui profesor en el ciclo avanzado. Repasando en mi memoria todo lo vivido en esos seminarios, creo que fue una gran experiencia. Siento que compartimos el interés y el entusiasmo por lo que nos gusta. Creo que no podría haber hecho algo mejor en ese tiempo. Espero poder repetirlo el próximo año. ¿Alguien se anota?

Muchas gracias.